

Alumna: M^a Pilar Ruiz Corella

“Reflexiones reflejadas”

Leyendo y escuchando a los expertos es como mejor puedes organizar tus ideas y darte cuenta de que no estabas tan despistada como parecía, aunque desearías haberlo estado.

Sin duda la Pandemia nos ha descolocado. Muchos ponen sus esperanzas en un cambio necesario en pro de la igualdad, equidad, justicia social, ecología, bienestar real.... Cabe pensar que son demasiadas esperanzas puestas en un bicho tan pequeño desperdigado en una sociedad tan convulsa. Lo cierto es que se ha producido en un momento histórico que podríamos calificar como “Tormenta perfecta”. Los países del Norte viven un momento dulce, aunque nos gusta quejarnos constantemente, me explico: legislación muy elaborada que nos proporciona muchos derechos y pocas responsabilidades, en cuanto que las consecuentes obligaciones correlacionadas con esos derechos no pueden ser exigidos por distintas causas (imposibilidad de vigilancia y control, contradicciones en la propia legislación, intereses económicos o sociales variados, etc.); por otro lado, gozamos de un alto nivel de bienestar objetivo (muchos recursos y servicios al alcance de una amplia mayoría, y muchas libertades en ocasiones mal utilizadas (expresión, asociación, sexual, etc.) que siendo necesarias enturbian los discursos más veces de las deseadas. Por otro lado, estamos en un momento de gran desconfianza en la política, en las instituciones y en los servicios públicos, por razones muy variadas que ya todos conocemos dado que es prácticamente de lo único que se habla. Y por terminar el triángulo del mal de esta Tormenta perfecta, se puede decir que hoy en día estamos hiperinformados de todo lo que sucede en cualquier lugar del planeta, incluso con una buena ración de fake’s a gusto del consumidor según sus preferencias.

Así pues, estas tres circunstancias conjuntamente han generado el actual estado de caos en el que ya no sabemos si priorizar la salud o la economía. Esto, en otros tiempos, simplemente no hubiera sido posible. La pirámide de Maslow nos lo dejaba muy claro hasta ahora por lo menos. Quizá sea el momento de revisar algunas teorías históricas, ya que el ser humano, al menos en el primer mundo y sus suburbios, ha evolucionado hacia un lugar incierto, pero claramente distinto al que la naturaleza marcaba supuestamente.

Sirva esto para introducir mi comentario o reflexión sobre algunas de las ideas que se han expuesto en las jornadas “Otra economía está en marcha”, particularmente las relacionadas con el Decrecimiento y el redireccionamiento de la economía para el mejor cumplimiento de los ODS de la Agenda 2030.

Como ya se ha venido exponiendo desde hace algunos años, nos aproximamos a un punto de no retorno en cuanto a las consecuencias del cambio climático relacionado con el calentamiento global. Sin embargo, como sociedad y como individuos, nos cuesta mucho asumir los cambios, frenar las inercias, cambiar los paradigmas saliendo del pensamiento clásico.... Es la naturaleza del ser humano y las teorías físicas no lo olvidemos (principio de mínima energía, o lo que es lo mismo somos vagos por naturaleza).

Durante mucho tiempo fue asumible pensar que cuanto mas produzcamos, más vendamos, más exportemos y más consumamos, más riqueza crearemos y el nivel de bienestar será mayor. Pero la propias dinámicas de estos procesos conllevan unos daños colaterales que no hemos querido ver, y que desde hace algunos años unos cuantos “agoreros” se han empeñado en mostrarnos

amargando nuestro irresponsable disfrute. Aunque es fácil adivinar que la deslocalización de industrias y la intensificación de los cultivos traen consecuencias nefastas para otras sociedades, mientras seamos los usuarios “beneficiados” nos bastará con hacer alguna aportación al tercer mundo para lavar nuestras conciencias y seguir justificando la deriva inevitable del crecimiento sin fin a costa de lo que sea.

Pero ha llegado un momento en que los procesos productivos y los hábitos de consumo poco sostenibles se han revelado como un perjuicio global porque afecta a sistemas completos, no solo a áreas geográficas o clases sociales concretas. Los fenómenos atmosféricos, la calidad del aire y del agua, la contaminación de los mares, etc. afectan a nuestro sistema alimentario y a la calidad de vida en todos los puntos del planeta.

Desde mi punto de vista, no es tanto una cuestión de que estemos en un punto de no retorno, sino de que es el momento de reflexionar si el ser humano ha evolucionado en el mejor modo posible, o si somos un depredador inconsciente que se extinguirá precipitadamente dando paso a otra Era más allá del Antropoceno, en la que el planeta sobrevivirá con otras especies más resistentes que hayan sabido adaptarse mejor al medio natural. Sería mucha prepotencia creer que vamos a frenar fenómenos meteorológicos y geológicos que ya están en marcha, lo único que podemos hacer es no acelerarlos para evitar en lo posible que las condiciones de la biosfera sean incompatibles con la vida humana.

No es cuestión de ponerse apocalíptico, sino de reflexionar como hemos llegado hasta aquí y hasta que punto la cosa “se nos ha ido de las manos” haciendo que ni siquiera sea cierto que el nivel de bienestar sea mayor. Sería bueno preguntarse qué nos aporta tener dos casas, tres coches, salir de vacaciones o escapada 40 veces al año y tomar comida precocinada 5 de cada 7 días, a costa de “aparcar” a nuestros pequeños y a nuestros mayores para poder trabajar más horas para mantener todo este circo en movimiento. ¿No será que hemos entrado en una espiral sin sentido que no crea valor y ni siquiera nos satisface demasiado? Esto exige un ejercicio de sinceridad que generalmente no tenemos tiempo ni ganas de hacer, pero el parón de la Pandemia nos ha ofrecido ese tiempo y esa calma necesaria. No deberíamos obstinarnos en ver solo el frenazo de la economía y suplicar por volver a la normalidad anterior, sino que deberíamos aprovechar la oportunidad para corregir todas aquellas desviaciones que nos han traído hasta este punto y generar una nueva normalidad, pero entendiendo su verdadero significado más allá de un mantra que hemos puesto de moda.

En este sentido es en el que hay que entender que el Decrecimiento no es una recesión, sino una oportunidad de mejora y de crear valor donde solo había despilfarro (de energía, de materias primas, de recursos humanos...).

Acompasar el gasto energético a la capacidad de producción de energía limpia es crear valor, produciendo tecnología avanzada puesta a disposición de más cantidad de población. Transversalizar el conocimiento que está estancado en algunos sectores ayudaría a mejorar la vida de mucha gente, y lo que es mejor la vida del planeta.

La explotación descontrolada de extensiones de terreno para abaratar los costes de producción, pero incrementar los costes de transporte, almacenaje e intermediarios, no es para nada un buen negocio, al menos no en la Economía real. La economía basada en las transacciones y la especulación desvirtúa y pervierte los mercados, generando espacios de negocio que nunca podrán competir. Se genera una economía de dos velocidades, el que tiene que comercializar según costes de producción, frente al que produce y comercializa a golpe de cotización y financiación.

Emplear miles de horas de mano de obra barata para realizar tareas redundantes o poco optimizadas, que en muchos casos además pone en riesgo la salud de los trabajadores por muy diversas causas, en lugar de emplear tecnología y métodos mejorados que podrían ser asequibles a todas las empresas (el conocimiento existe, pero no se comparte), no parece una manifestación muy inteligente del ser humano.

Así pues, crear valor, compartir conocimientos, mejorar la calidad de vida son las bases sobre las que generar un fortalecimiento de la economía a través del Decrecimiento. Mejora y optimización de lo existente, centrándonos en la finalidad de cada proceso y el cliente de cada servicio, pero también pensando en los recursos consumidos, siendo estos los que marcaran la fiscalidad. Si, los temidos impuestos deberían estar basados en un amplio porcentaje en el consumo de los recursos naturales, e imponer un límite claramente. No podría ser penalizada igual una empresa que fabrica coches eléctricos poco contaminantes, que otra empresa que fabrique coches que utilizan combustibles fósiles poco eficientes y muy contaminantes, por ejemplo. Todo producto o servicio podría tener su “etiqueta de eficiencia energética/valor añadido” y contribuir al mantenimiento de la sociedad (eufemísticamente presión fiscal) en proporción a su “utilidad” en un sentido amplio. Del mismo modo, las subvenciones deberían plantearse como una devolución de esos impuestos para sufragar actividades que son beneficiosas para la sociedad conforme un baremo “eco/valioso”. No es lo mismo un proyecto que ayuda a integrarse en la sociedad a invidentes, que salvar un batracio del que solo queda un espécimen viviendo en una zona urbanizada. Reconozco que marcar estos baremos sería complicado y siempre habría voces discordantes, pero una vez más apelo a la capacidad del ser humano dotado de gran inteligencia y sensibilidad (no en todos los casos claramente, pero este es otro campo a explorar, la gestión del conocimiento....)

Y por último, la renta básica incondicional. ¡Qué polémica tan poco edificante! Está claro que las mentes eminentemente racionales vemos las cosas con un sesgo importante, así que una vez más, la visión multidisciplinar se hace imprescindible. Las ciencias que estudian el comportamiento son fundamentales en este caso, pero debemos de ser capaces, como decía al principio, de abandonar inercias y prejuicios, cambiando paradigmas que ya estaban muy gastados.

Lo que está claro es que hoy en día vivir no es gratis ni fácil, me explico. Si vives en la civilización y medianamente integrado en la sociedad debes mantener unos mínimos que no serían necesarios en un medio “salvaje”. Debes tener un domicilio conocido, con una conexión a proveedor de energía homologado, revisar tus instalaciones periódicamente, debes asearte, vestir dignamente y parecer descansado, debes acudir a la sanidad para cuidar tu salud y la de todos (eso lo hemos aprendido ahora, pero con las cartillas de vacunación de los pequeños ya lo teníamos bastante asumido), debes estar en regla en unas cuantas cuestiones administrativas que no siempre son sencillas gracias a una burocracia un poco farragosa y poco empática. Así pues, o sufragamos los mínimos a toda la población para que no haya desigualdades flagrantes, que por otro lado siempre traen problemas (braseros que se incendian, ilegales que se refugian en naves industriales, ocupas de todo tipo en propiedades privadas que generan mucho enfrentamiento social, inmigrantes sin dinero que no sabemos gestionar a diferencia de los de con dinero que ya se gestionan solos, etc.), o conseguimos que el acceso a dichos mínimos sea gratuito para todos. Y como parece que una característica muy arraigada en el ser humano es la diferencia, el sentirnos superiores a los demás, el tener más que los demás, ser exclusivos... pues a partir de un mínimo que cada cual “se busque la vida” para sufragarse “lícitamente” lo que considere oportuno. Claramente no todos tenemos las mismas aspiraciones, necesidades,

gustos, etc., por mucho que los publicistas se empeñen en vendernos la imagen de la perfección, el lujo y la abundancia como fuentes de felicidad, por suerte, una gran mayoría ya hemos superado estos estereotipos un poco gastados.

Se pone como gran pega para esta Renta Básica o mínimos garantizados, que subiría el desempleo y la inactividad. Y? cuál es el problema? Creo que todos hemos experimentado que es mejor que trabaje el que pueda y quiera, que el que no. No todos tenemos las mismas capacidades, aptitudes, actitudes y sensibilidad. Hemos confundido en muchas ocasiones el "todos podemos" a "cualquiera puede". No es lo mismo. Y no es ofensivo decir que no es razonable un cirujano vascular que sea deficiente mental, lo mismo que no es razonable un triatleta sin miembros. Pero bueno, esto ya es un terreno que requeriría un análisis filosófico para el que seguramente pocos estarán capacitados, yo desde luego no lo estoy.

La conclusión a la que quería llegar es este temas es que, entendiendo que como personas necesitamos una cierta autorrealización y un nivel de actividad física y mental que mantenga saludables cuerpo y mente, el reparto del trabajo debería ser más democrático y asequible, y por supuesto, compatible con la vida desde el punto de vista de la conciliación, de la diversidad, del nivel de estrés asumible, incluso de aspectos fisiológicos, que aunque parezca mentira en muchos trabajos estas cuestiones se ven comprometidas y no nos damos cuenta. Así pues, una disminución de las horas laborales sería una solución también más que razonable, unida por supuesto a una buena gestión de los recursos humanos, que es francamente mejorable en muchísimos casos.

Y ya por concluir esta reflexión destacaría dos cuestiones. Por un lado, sería importante que trabajáramos la humildad frente al poder de la naturaleza, pero también sería fundamental cultivar la autoestima colectiva potenciando las capacidades del ser humano para hacer de este planeta un lugar mejor para todos.